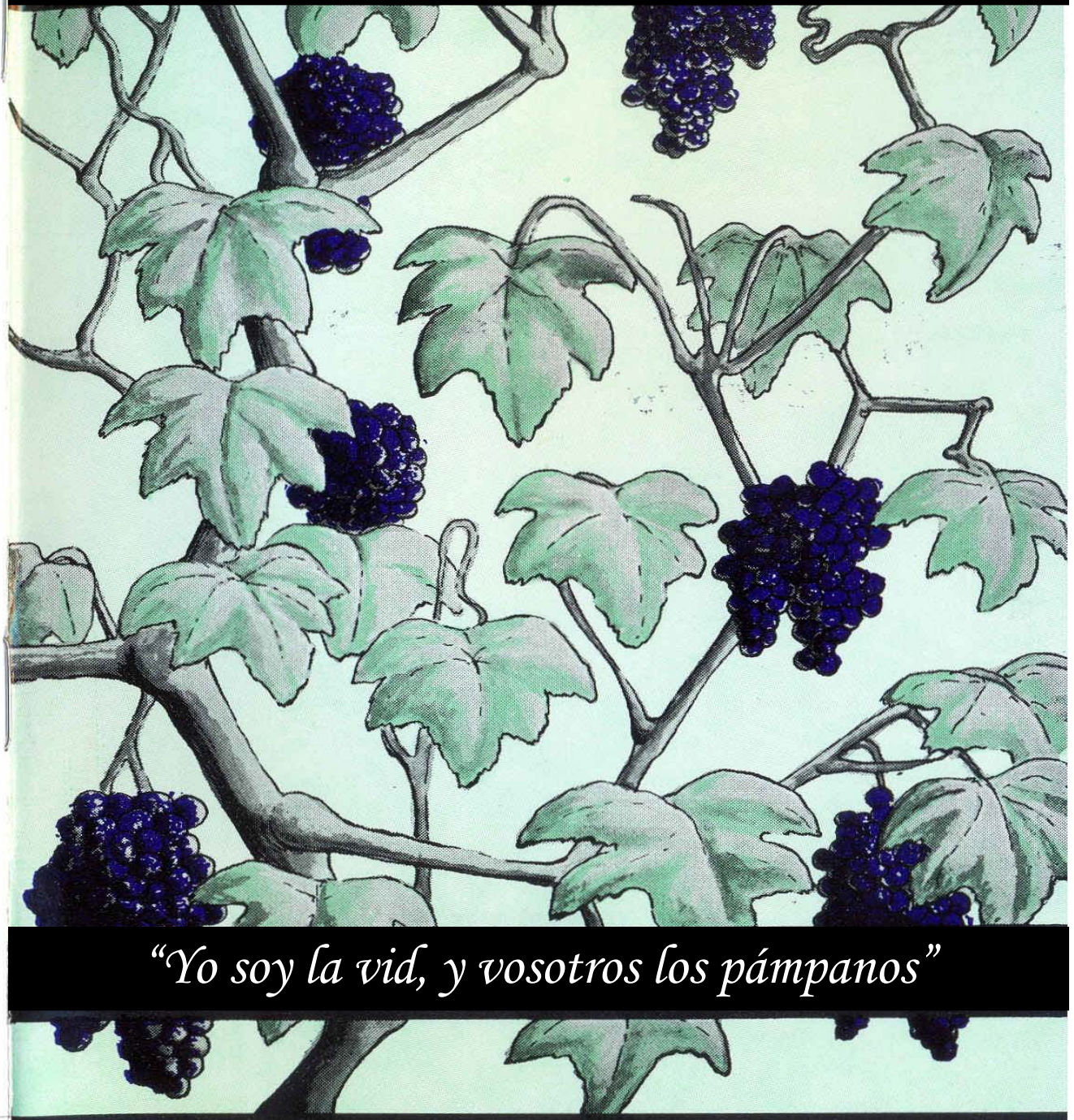


La vid y los pámpanos

Por

Perry B. Cotham



“Yo soy la vid, y vosotros los pámpanos”

Enseñar por figuras retóricas fue uno de los métodos favoritos del Señor. Por medio de estas narrativas reales de la vida natural dio lecciones entendibles y debido a que eran claras “gran multitud del pueblo le oía de buena gana” (Marcos 12:37). En la víspera de su traición dio una lección para enseñar una verdad espiritual, la cual fue respecto a la vid y los pámpanos:

“Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiara, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, y vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. Él que en mí no permanece será echado fuera como pámpano y se secará; y los recogen y los echan en el fuego y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:1-8).

Esta hermosa imagen que Jesús da en una alegoría expone la relación íntima y divina entre Él mismo y sus discípulos. Vea algunas de las lecciones enseñadas por Cristo en esta analogía.

I. Dios es “El labrador de la viña”

En primer lugar, *Dios es el labrador de la viña*. Cristo dijo, “Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador.” Dios plantó a Cristo en el mundo como una fuente de vida y lo hizo el único tronco por el cual las

ramas pueden estar vitalmente unidas a Dios y a través del cual delinean su vida. Jesús es la Vid verdadera debido a que es el Mesías, el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. Por lo tanto, el único acceso a Dios es a través de Cristo, que es señalado por el Labrador como la única Vid verdadera y viviente.

El agricultor es el labrador o el que siembra, cultiva, poda y cuida la vid. Como el propietario y cultivador, Dios quiere que los pámpanos den fruto en abundancia. Él quita el pámpano estéril y lo depura o limpia el pámpano que da fruto con el fin de que de más fruto. La poda la hace por medio de la palabra (v. 3).

II. Existe una relación individual entre Cristo y sus discípulos

En segundo lugar, *la relación entre la vid y los pámpanos es la misma que entre Cristo y cada discípulo*. Lo que la vid es para los pámpanos en el mundo natural, Cristo lo es para sus discípulos en la esfera espiritual. La vid abastece de comida a los pámpanos. Jesús que es uno con el Padre, es la fuente de toda vida. Permite a sus discípulos llevar el fruto de santidad. En su relación de uno para el otro, la vid y los pámpanos son una unidad vital; Ellos son uno. Los pámpanos son uno con la vid porque ellos obtienen su vida de la vid y dan el mismo fruto que la vid. Del mismo modo los cristianos son uno con Cristo, no físicamente sino espiritualmente. (Compárese Gálatas 2:20). Su vida depende de Dios a través de Jesucristo, y están unidos con el Padre.

El fruto nunca crece sobre la vid misma, sino sobre los pámpanos; ni tampoco los pámpanos producen fruto independiente de la vid. La vid no puede dar fruto sin los pámpanos; los pámpanos

no pueden vivir sin la vid. La misma relación mutua existe entre Cristo y sus seguidores. De este modo Cristo dijo, “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.”

Cristo es la vid y los cristianos individualmente son los pámpanos. Los cristianos están relacionados a Cristo en una forma comparable a la relación entre la vid y sus pámpanos.

III. Los discípulos, no las denominaciones son los pámpanos.

En tercer lugar, *las diversas denominaciones no son ramas de la iglesia.* Sin embargo, algunas personas tienen la idea de que las muchas iglesias que existen en el mundo actualmente son los pámpanos de la vid y que todas ellas juntas constituyen la verdadera iglesia. Pero Jesús no dijo, “Yo soy la vid, y todas las denominaciones son los pámpanos.” Él dijo, “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.” Los pámpanos no pueden referirse a los cuerpos religiosos por al menos tres razones.

Primero, cuando Jesús dijo, “Yo soy la vid,” ninguna de las denominaciones religiosas actuales existía. Las denominaciones no existieron hasta algunos cientos de años *después* de Cristo. Una vid no puede mantener su vida y fruto sin los pámpanos. Por lo tanto, si las organizaciones religiosas eran en realidad los pámpanos, como algunos sostienen, se deduciría que la iglesia fue una organización sin pámpanos, sin fruto, sin vida hasta que las denominaciones se formaron algunos siglos después. Evidentemente, Cristo no quiso decir denominaciones cuando habló de los pámpanos.

En segundo lugar, es contrario a la naturaleza de que una vid pueda producir

doscientas cincuenta diferentes tipos de pámpanos, cada una con una clase diferente de fruto. Sólo en los Estados Unidos hay más de doscientos cincuenta cuerpos religiosos. ¿Acaso el pámpano en una vid da calabazas, otro sandías y aun otro uvas? Tal vid podría ser de hecho una deformidad. En la naturaleza todos los pámpanos de la vid dan el mismo tipo de fruto. Sin embargo, las personas que rechazan creer que una vid puede producir una gran variedad de pámpanos y frutos, fácilmente aceptan la analogía como inadmisible de que cada pámpano en la vid verdadera, la cual es Cristo, es una denominación religiosa. Por supuesto, nadie puede encontrar autoridad en la Biblia para justificar el denominacionalismo. La división está mal y así la ve Dios. La iglesia primitiva era un cuerpo unido de creyentes. (Lea cuidadosamente estos pasajes de la Escritura: Juan 17:20-23; 1 Corintios 1:10-13; 12:12-27; Efesios 1:22, 23; 4:3-6.) En la era apostólica los cristianos no pertenecían a ninguna de las denominaciones actuales. Eran simplemente cristianos de la iglesia del Señor. Por lo tanto, ningún apóstol dirigió nunca una determinada *rama* de la iglesia.

Tercero, Cristo no se refirió a las diferentes denominaciones como pámpanos porque utiliza el pronombre personal “vosotros.” “Yo soy la vid, *vosotros* (Pedro, Santiago, Juan, etc.) son los pámpanos...*el* que en mí no permanece, *será* echado fuera como pámpano.” De este modo un discípulo individual es un pámpano. Jesús habló de sus discípulos como todos siendo los pámpanos de la misma vid. Entonces, como discípulos de Cristo, las personas no son miembros de una rama de la iglesia; *las*

personas son las ramas.

Algunos dicen, “Soy miembro de una rama de la iglesia.” Cristo dijo, “permaneced en mí.” Si las personas se podían hacer miembros de la iglesia de Cristo en el primer siglo sin unirse a las denominaciones, y si eso era lo correcto y apropiado, entonces, ¿por qué no se puede hacer lo mismo ahora? ¿Por qué no sería justamente correcto y apropiado? Cuando se cree y se obedece el Nuevo Testamento actualmente, producirá solamente cristianos, miembros del cuerpo de Cristo. Entonces teniendo el Nuevo Testamento como única guía segura, no denominacional, le permite al hombre concluir que será un cristiano y solamente un cristiano. Puede creer toda la verdad y obedecer cada mandamiento de Dios sin pertenecer a ninguna denominación. Él puede ser salvo e ir al cielo sin ser alguna vez miembro de alguna denominación.

IV. Uno debe estar en Cristo para dar fruto

En cuarto lugar, *a fin de que alguien produzca fruto debe tener una conexión vital con Cristo.* Lo fructífero de cada pámpano depende de su unión viva con la vid. De esta manera, Cristo dijo, “Todo pámpano que *en mí* no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.” Luego añade, “...porque separados de *mí* nada podéis hacer.” En el texto Cristo usó la expresión “en mí” seis veces. Esta repetición desde luego es importante, porque enseña que los hombres pueden producir fruto para Dios solamente cuando están *en Cristo*. Un pámpano conectado a la vid vive de la vid y puede vivir sólo por medio de la vida que extrae de la vid. Del mismo modo, el hombre sólo

puede vivir espiritualmente a través de la unión con Cristo. Por lo tanto, se deduce de ello, que uno no puede depender sólo de su moralidad para ser salvo. Independientemente de la excelencia de su moralidad, la salvación no puede obtenerse más que en Cristo.

Cornelio era moralmente bueno antes de unirse a Cristo, pero no era salvo (Hechos 10:1-3; 11:14). No hay vida espiritual fuera de Cristo, como la salvación está *en Cristo* (2 Timoteo 2:10). Pedro dijo: “Y en ningún otro hay salvación...” (Hechos 4:12). La vida está en el Hijo (1 Juan 5:11, 12). Cristo dijo: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

También, el lenguaje de Jesús sugiere que las organizaciones humanas, tales como logias, concilios religiosos, y sínodos, no contienen salvación. Las personas regularmente se jactan de su membresía en determinadas instituciones fundadas por hombres como si ellas pudieran salvarlas del pecado. Ni el principio sobre el cual una organización se basa, ni la cantidad de obras buenas que hace, ni el número de miembros que tenga es importante. Jesús dijo que uno debe *estar en Él para llevar fruto*. “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, sino permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.” El mejor hombre en el mundo sino tiene esta conexión vital con Cristo, no puede llevar fruto que le traiga alguna bendición espiritual en la eternidad. Muchas personas buenas necesitan aprender esta lección. Alguien puede ser un ciudadano espléndido con buenas costumbres pero no ser un pámpano de la vid verdadera. Los que no son cristianos se engañan si piensan que están seguros fuera

de Cristo. El pámpano no puede producir fruto en forma independiente de la vid. Por lo tanto, sólo aquellos que mantienen una relación positiva con Cristo pueden esperar tener su aprobación final.

Ahora, la necesidad de esta relación plantea esta pregunta: “¿cómo se entra en Cristo?” Pablo nos da la respuesta:

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido *bautizados en Cristo Jesús*, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:3-4).

Nuevamente:

“Porque todos los que habéis sido *bautizados en Cristo*, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27).

Dado que uno es bautizado en Cristo, y dado que uno no puede dar fruto si no está *en* Cristo, se deduce que nadie puede dar fruto aceptable hasta que sea bautizado. Uno está ya sea *en* Cristo o *fuera de* Cristo. El bautismo es la manera señalada por Dios para llevar al hombre *a* Cristo.

Lo más imprescindible es entrar en Cristo. Entrar en Cristo es equivalente a ser convertido, a entrar a la iglesia, a obedecer el evangelio. Para ello, una persona cree en Cristo con todo su corazón, se arrepiente de todos sus pecados, confiesa a Cristo delante de los hombres, y es bautizado (sumergido en agua) en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. (Compárese, Marcos 16:15, 16; Hechos 2:36-41, 47; Romanos 10:10; Hechos 8:35-39; Romanos 6:3, 4).

Además, la Biblia enseña que estar

en Cristo es estar en su iglesia. Pablo dice que Cristo es la cabeza del cuerpo, la iglesia (Colosenses 1:18); nuevamente dice que la iglesia es el cuerpo (Efesios 1:23). Por lo tanto, estar en Cristo es estar en el único cuerpo—la iglesia (Colosenses 1:24). Dado que el cuerpo de Cristo es la iglesia, una persona en Cristo está en la iglesia del Señor. Cuando uno es bautizado en Cristo, es entonces salvado de sus pecados pasados y añadido por el Señor a la iglesia (Hechos 2:47). Pero el hecho de que un hombre esté en Cristo y en la iglesia no implica que esté en alguna denominación. La iglesia de nuestro Señor no es una denominación ni todas las denominaciones juntas. *Es la familia de Dios, los salvados.*

Sin embargo, dado que estar en Cristo es equivalente a estar en su iglesia, y puesto que uno debe estar en Cristo para dar fruto, se deduce que alguien que no está en la iglesia no puede dar fruto para la gloria de Dios (Compárese Efesios 3:21).

V. Uno debe permanecer en Cristo para seguir dando fruto

En quinto lugar, *el discípulo debe permanecer en Cristo para mantener la vida y ser productivo*. Jesús dijo, “Permaneced en mí y yo en vosotros.” Literalmente significa que el pámpano no puede continuar dando fruto al menos que continúe unido a la vid; ni puede el hombre dar fruto espiritual excepto que permanezca en Cristo. Es necesario no solamente entrar *en Cristo* sino también *permanecer* en él; la unión debe mantenerse. Los resultados de la permanencia continua en Cristo son su supervivencia y lo fructífero del discípulo. “el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.” Sin embargo las consecuencias de no permanecer en Cristo

son la imposibilidad de dar fruto y de ser quitado: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará.”

Esta Escritura desde luego enseña que es posible para alguien *dejar* de permanecer en Cristo. Sin embargo, algunos dicen, que una vez que una persona está en Cristo, permanece para siempre seguro y no puede dejar de permanecer en Cristo después que ha entrado en comunión con Él.

No importa cuan productivo pudo haber sido un pámpano, no puede continuar dando fruto si se separa de la vid. Ahora, ¿qué dice la Biblia de la consecuencia de no permanecer en Cristo? Jesús declaró, “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará.” Note que el Señor dijo, “Todo fruto que en mí...” “en mí,” esto es en Cristo. “Todo pámpano” ¿dónde? “Todo pámpano *en mí*” no un pámpano adherido superficialmente sino uno que de hecho está en Cristo, como el pámpano está en la vid. “Todo pámpano que *en mí* no lleva fruto, lo quitará.” El pámpano estaba en realidad en la vid e ilustra que el hombre está de hecho en Cristo.

El propósito del pámpano es dar fruto. El pámpano que no lleva fruto es quitado. Dado que la misma relación que existe entre Cristo y el cristiano es la misma entre la vid y el pámpano, se deduce que si una persona está en Cristo y no da fruto, será quitado. Jesús dijo: “*El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano y se secará; y los recogen y los echan al fuego y arden.*” De modo que el pámpano está en la vid y representa a la persona que está en Cristo. Pero el pámpano que no da fruto es cortado de la vid; el individuo que no da fruto es cortado de Cristo. Después de que el pámpano es

cortado, es echado fuera y se secará. Por supuesto, sólo el pámpano que primero ha estado vivo se puede morir.

Así como los pámpanos muertos que han dejado de dar fruto son cortados, echados fuera y quemados, así los hombres serán cortados de Cristo. Por lo tanto, el hombre en Cristo, que no permanece en Él, o que deja de dar fruto, será cortado y arrojado finalmente al infierno. Al final del tiempo Cristo “enviará a sus ángeles y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13:41, 42).

Esto significa, por supuesto, que uno que se ha convertido y que es hijo de Dios podría perderse eternamente. Los que piensan que un hombre no puede perderse en definitiva y eternamente una vez que se ha convertido en cristiano deben sostener que nunca estuvo realmente en la vid. Si esto es verdad, por lo tanto, Jesús hizo una declaración ridícula de que un pámpano que nunca estuvo realmente en la vid fuera cortado y desechado de la vid. Pero esto no está de acuerdo con la Biblia.

Cristo no dijo, “Cada pámpano que parezca estar en mí (aunque realmente no esté) . . . es quitado.” Sino más bien, afirmó que el pámpano que no da fruto “en mí” es quitado. Es evidente que Jesús sabía que el pámpano estaba en Él o no: “Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Timoteo 2:19). *Un pámpano que nunca ha estado unido con la vid no puede ser cortado.* De esta manera, el Salvador claramente dice lo que sucederá a todos los que apostatan o dejan de dar fruto. Serán cortados, juntados y echados a la caldera y quemados. La doctrina de “una vez en gracia, siempre en gracia” o “una

vez salvo, siempre salvo,” contradice el lenguaje de Jesús. La persona echada de Cristo está perdida definitiva y eternamente.

La vid en sí misma no es responsable de echar el pámpano, otros pámpanos en la vid continúan floreciendo y dando fruto. La causa es no permanecer en Cristo. Dios no obliga a nadie a convertirse en un pámpano en la vid; ni lo obliga a dar fruto. Por lo tanto, un hombre que una vez estuvo en Cristo puede dejar de permanecer en él. El lenguaje del Señor es claro y no puede malentenderse.

Del mismo modo, Pablo usó la suerte del antiguo pueblo de Dios, los israelitas, para enseñar a los cristianos una lección muy solemne sobre su permanencia en Cristo:

“Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado” (Romanos 11:21, 22).

Además, muchos otros pasajes de la Escritura enseñan que un cristiano puede caer y estar final y eternamente perdido. Vea algunos de ellos.

El apóstol Pablo habló a los cristianos que se habían separado de Cristo y que habían caído de la gracia:

“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4).

Hablando de él, Pablo dijo que tenía que tener cuidado o sería eliminado:

“Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27).

El espíritu del hombre es responsable por las obras de su cuerpo dado que el espíritu controla el cuerpo. (Compárese Mateo 15:18-20; Romanos 6:13, 19).

No sólo Pablo se dio cuenta que podría perderse, también le advirtió a los cristianos del peligro del caer:

“Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

¿Por qué esta advertencia si uno no puede caer?

¿Están los cristianos más seguros que los ángeles? El apóstol Pedro dijo que los ángeles pecaron:

“...Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno...” (2 Pedro 2:4).

A los miembros de la tibia iglesia en Laodicea, Cristo dijo que los rechazaría:

“Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:16).

Nuevamente, el Señor a través de Juan les dijo a los cristianos que vencieran el pecado:

“El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida...” (Apocalipsis 3:5).

Un nombre no puede ser borrado del libro de la vida si nunca ha estado en él. Y el nombre de alguien no podría estar en el libro de la vida si no fue salvo previamente de sus pecados pasados. Sin duda el nombre de un hombre no salvo no está en el libro de la vida. Pero el Señor dice que algunos nombres serán borrados del libro de la vida —esto es, los que no vencieron. En el juicio ¿qué pasará con aquellos cuyos nombres no están en el libro de la vida? La Biblia dice que se perderán:

“Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:15).

Dios le dijo a Moisés, “Al que pecare contra mí, a éste traeré yo de mi libro” (Éxodo 32:33; compárese Filipenses 4:3; Lucas 10:20; Apocalipsis 20:12; 21:27; 22:19).

Hay dos lados para la pregunta de la seguridad del creyente—el lado de Dios y el lado del hombre. En lo que el lado de Dios se refiere, el cristiano está absolutamente seguro. Pero la garantía de Dios de la vida eterna depende de la conducta del hombre. Las promesas de Dios son condicionales: para recibir la vida eterna depende de la fidelidad del hombre a Dios. David dijo, “... a los fieles guarda Jehová...” (Salmo 31:23). (Compárese Juan 8:51; Lucas 11:28; 1 Timoteo 4:16; Hebreos 10:38; Colosenses 1:21-23; 1 Pedro 1:5).

¿Puede una persona *dejar* de creer? Al explicar la parábola del sembrador, Jesús dijo que uno podría creer “por un tiempo” y luego dejar de creer:

“Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen

por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan” (Lucas 8:13).

Las Escrituras también afirman que un creyente puede “apostatar de la fe” (1 Timoteo 4:1); “naufragar” de su fe (1 Timoteo 1:19); y trastornar su fe (2 Timoteo 2:18). 1 Crónicas 28:9 dice, “... si lo dejares, él te desechará para siempre.” Nuevamente, la Biblia dice a los cristianos:

“... Se fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10).

La respuesta a varias preguntas debería dejar claro este tema. ¿Puede un hijo de Dios llamar a su hermano fatuo? Jesús dice que los que hacen esto “quedarán expuestos al infierno de fuego” (Mateo 5:22). ¿Puede un hijo de Dios mentir, robar y embriagarse? ¿Puede un hijo de Dios morir mientras bebe? Si es así, ¿qué le sucederá? La Biblia dice que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:9, 10; Gálatas 5:19-21); que “...los homicidas ... los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre” (Apocalipsis 21:8).

Por lo tanto, sólo los que son fieles y perseveran hasta el fin recibirán las bendiciones de la vida eterna.

“Más el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mateo 24:13).

Jesús les dijo a sus discípulos que los que habían dejado todo y lo habían seguido, “reciben cien veces más ahora en este tiempo ... y en el siglo venidero la vida eterna” (Marcos 10:30). La Biblia dice que la “vida eterna” está “como fin” (Romanos 6:22); los cristianos en esta vida tienen esta

“promesa” (1 Juan 2:25) y la “esperanza de vida eterna” (Tito 1:2; 3:7; Romanos 8:24, 25). El cristiano tiene la vida eterna *en promesa* aquí, pero *en posesión en el futuro*. Siembra aquí, pero cosecha en el futuro (Gálatas 6:7, 8); pero si la vida eterna se posee ahora, entonces la cosecha viene antes de la siembra.

Por lo tanto, las Escrituras enseñan que después de que uno entra en Cristo, debe permanecer en él y dar fruto o bien perderse eternamente (Compárese Santiago 5:19, 20; Ezequiel 18:24).

VI. Permanecer en Cristo depende de la obediencia de uno.

En sexto lugar, *nadie puede permanecer en Cristo, la vida espiritual, excepto por medio de la obediencia continua*. Jesús dijo, “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis y os será hecho.” Así, una persona permanece en Cristo por medio de retener las palabras del Señor en él. Permanecer en Cristo depende de la obediencia fiel.

Jesús dijo:

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.” (Juan 15:10).

El apóstol Juan le dijo a los cristianos cómo permanecer en Cristo:

“Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre” (1 Juan 2:24).
“Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Juan 3:24).

Pablo amonestó a los cristianos,

“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Colosenses 3:16).

Si alguien permanece en Cristo, y las palabras del Señor permanecen en él, entonces tiene la promesa de que sus oraciones serán escuchadas. Por lo tanto, la aceptabilidad de las oraciones de un individuo depende de su permanencia en Cristo. Una persona en quien la palabra de Dios mora puede esperar que sus oraciones sean contestadas. (Compárese Santiago 5:16).

“y cualquier cosa que pidiéramos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:22).

Pero el hombre que se aparta de la ley, su oración es una abominación para Dios.

“El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable” (Proverbios 28:9).

“Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ése oye” (Juan 9:31).

“Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; Pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal” (1 Pedro 3:12).

VII. Dios es honrado por una vida fructífera

Finalmente, *los cristianos glorifican a Dios al dar fruto*. Cristo dijo, “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto.” Así como los pámpanos que dan fruto agradan al labrador, así Dios es glorificado cuando los discípulos de Cristo llevan mucho fruto. Cada dueño de un viñedo se alegra cuando sus viñas producen buenos y abundantes frutos. Del mismo modo, Dios es honrado cuando ve a sus hijos dando fruto espiritual. Solamente por medio del fruto pueden las personas ser discípulos verdaderos de Cristo, porque el Señor dijo, “... y seáis así mis discípulos.”

Uno podría preguntar, “¿qué clase de fruto debe darse?” El apóstol Pablo dijo:

“...el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gálatas 5:22-23).

¡Qué hermoso racimo de frutos! ¡Qué diferente de la lista de las obras de la carne mencionadas en los versículos 19-21. Hay tres grupos en este racimo de nueve virtudes cristianas—las primeras tres son en relación con Dios: amor, gozo y paz; luego tres en relación al prójimo: paciencia, benignidad y bondad; y tres en relación a la vida cristiana en forma individual, hacia el interior de uno mismo: la fe, mansedumbre y templanza.

Pablo también advirtió:

“Y aprendan también los nuestros a ocuparse en *buenas obras* para los casos de necesidad, para que no sean sin fruto” (Tito 3:14; compárese Colosenses 1:10).

Los cristianos deberían ser fieles, entusiastas, humildes, devotos, obedientes, “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58). Pedro escribió a los discípulos de Cristo y les dijo que si agregaban “las virtudes cristianas,” serían fructíferos; pero si no abundaban en estas buenas obras, su vida sería estéril y sin fruto.

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:5-11).

Estos hermosos rasgos del carácter—*la virtud* (valor, madurez), *el conocimiento* (de la voluntad de Dios), *el dominio propio* (autocontrol), *la paciencia* (perseverancia), *la piedad* (devoción a Dios, reverencia), *el afecto fraternal* (amor entre los cristianos), y *el amor* (amor para todos los hombres)—debería encontrarse en abundancia en las vidas de todos los

cristianos. Pero también muchos están satisfechos con ser seguidores de Cristo en forma nominal. A los cristianos se les manda a hacer todo esfuerzo, o poner toda diligencia en poseer en sus vidas estos atributos. Con la fe como fundamento, estos elementos deben añadirse si los cristianos llegan a ser participantes de la naturaleza divina. Entonces Cristo-como resultados vivos en Cristo-como carácter.

Sólo una vez mientras estaba en la tierra Cristo maldijo a una cosa creada, esa fue la higuera estéril. Vino al árbol, esperando fruto, y no encontró más que hojas (Marcos 11:13-14, 20-21). Cristo no la arruinó porque dio frutos venenosos, sino porque no tenía *nada de fruto*—sino sólo hojas. La higuera fue maldecida únicamente porque su falla de no dar fruto.

En la parábola de los talentos (Mateo 25:15-30), el hombre de un talento fue condenado por su amo por no usarlo. No fue acusado de algún pecado manifiesto, sin embargo se le acusó de ser “un siervo malo y negligente.” ¿Por qué? Porque simplemente se olvidó de usar su talento al servicio de su amo. Por consiguiente, abstenerse de cometer actos abiertamente malos no es suficiente; el cristiano debe vivir rectamente. Que el pámpano debe ser libre de malos frutos no es suficiente; debe estar lleno de buenos frutos. Por lo tanto, en el análisis final, los discípulos de Cristo no son considerados como fructíferos solamente por lo que se abstienen de hacer, sino por lo que *hacen*.

Hoy Cristo busca *fruto* de cada discípulo—esto es, un carácter y una conducta como el suyo, una vida buena y justa, y almas redimidas ganadas para el Señor (Romanos 1:13). Todo lo demás es follaje. Pero a menudo, en lugar de

encontrar fruto, encuentra “nada sino hojas.” El discípulo cuya religión es mera profesión es inútil para el mundo.

Juan el Bautista usó la misma figura retórica y dijo que “todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.” (Mateo 3:10).

En vista de este hecho, cada miembro de la iglesia debería preguntarse a sí mismo, “¿qué fruto estoy dando para Cristo?” Puede decir con seguridad, “Si permanezco en Cristo y si su palabra permanece en mí, llevaré mucho fruto y mi relación con el Señor como su discípulo continuará.”

Jesús dijo en el Sermón del Monte:

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombre, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

El apóstol Pedro amonestó a los cristianos con estas palabras:

“Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1 Pedro 4:15-16).

Parece imposible que el hombre, débil e indigno, pueda hacer algo para glorificar a Dios, su creador y protector. Sin embargo, por medio de vivir fielmente la vida cristiana, puede glorificarle. Al permanecer en Cristo y dar fruto abundante, uno puede glorificar su santo nombre.

Resumen

La imagen hermosa de Juan 15:1-8

describe la intimidad, la relación divina entre Cristo y sus discípulos. Siete lecciones se han señalado:

1. Dios es el propietario de la vid.
2. La relación entre la vid y los pámpanos es la misma que entre Cristo y cada discípulo.
3. Las diferentes denominaciones no son pámpanos de la iglesia.
4. A fin de que alguien de fruto debe estar en una conexión vital con Cristo.
5. El discípulo debe permanecer en Cristo para mantener la vida y ser productivo.
6. Nadie puede permanecer en Cristo, la vid espiritual, excepto por medio de la obediencia continua.
7. Los cristianos glorifican a Dios al llevar fruto.

No hay vida más feliz, más plena, más útil que el ser un cristiano fiel.

“Yo soy la vid y vosotros los sarmientos:” Dar frutos preciosos para Jesús ahora, Los pámpanos que no den fruto. Jesús ha dicho que, “sean quitados.”

—Knowles Shaw

*Versión al Español
Jaime Hernández Castillo
jhcastil@yahoo.com.mx
Querétaro, Mex. Junio 2011*